

A través de tu mirada (Editado)

P.Vanrreteea (Annisa)



*A través de tu
mirada*

P. Vanrreteea

Capítulo 1

A través de tu mirada

El enorme sol estaba en lo alto y más lejano del horizonte provocando que apareciera todo tipo de tonalidades anaranjadas en el cielo. Era una imagen digna de ser fotografiada; y así era por las pocas personas que estaban en la orilla de la playa observando cómo se fundía con el mar. Todos estaban tan inmersos en el paisaje que nadie notó que un hombre caminaba solitariamente por la orilla.

Julián llevaba mucho tiempo caminando. Iba descalzo sintiendo todas las sensaciones cálidas que solo una persona puede experimentar al tocar con sus pies el agua salada del océano. Estaba tan absorto en sus pensamientos, que hizo caso omiso de aquella sensación extraña que uno siente cuando está siendo observado por otra. Sinceramente, sentía que estaba en un planeta muy diferente, donde la oscuridad estaba envolviendo todo a su paso.

No se dio cuenta cuando llegó hasta un roquedal alejado de todas las personas que se encontraban en ese lugar. Estaba completamente habitado por algunas gaviotas que, al igual que el resto del mundo, observaban la majestuosidad del ocaso. Sin entorpecer la paz que le brindaba aquellas aves, levantó su rostro en dirección al horizonte. Pocas veces se había detenido a apreciar la paz que le brindaba aquel lugar. A sus treinta años, siempre vivió en un mundo acelerado, donde no tenía cabida apreciar los pequeños detalles de la vida. Ahora tal vez era demasiado tarde para poder observarlos.

Jamás pensó que algo que lo apasionaba tanto, le afectaría a tal grado que tendría que replantearse su vida desde cero. ¿Qué más remedio le quedaba? No tenía otra opción. Era eso o dejarse consumir por la amargura y el odio. Suficiente preocupación le había dado a su familia como para tener que lidiar con él en aquellas condiciones. Por más de dos años, se había regodeado en la autocompasión que no le estaba llevando a ningún lado; pero la verdad de las cosas, no sabía cómo salir de aquel agujero. Pocas veces necesitó de alguien para apoyarse, si bien su familia era su gran pilar, su autonomía e independencia le brindaba una libertad maravillosa. Tal vez había llegado el tiempo de hacer un cambio.

Amelia llevaba mucho tiempo observando aquel hombre tan solitario que caminaba por la orilla de la playa. No supo que le había motivado, pero algo la impulsó a seguirle el rastro. ¿Intuición? ¿Curiosidad? Tal vez

jamás lo sabría a ciencia cierta, pero tenía la sensación que debía estar en ese lugar. Observó aquel hombre que llevaba una camisa blanca con los brazos descubiertos y que le hacía juego con unos pantalones negros y cortos. Poco pudo observar los rasgos en su rostro debido a la distancia que mantenían, pero sí pudo notar que llevaba lentes de sol que cubría por completo sus ojos.

Bastantes minutos tuvieron que pasar para que decidiera acercarse a él. No tenía clara la razón ni lo que le diría una vez estando a su lado. Ese maldito instinto que la llamaba como si fuera un imán la estaba envolviendo completamente. Cuando estuvo a par de metros, una de las gaviotas que estaba en una de las rocas alzó al vuelo. Aquel movimiento la distrajo a tal grado de su objetivo que, no supo si aquello fue lo que la dejó al descubierto, pero una voz grave y profunda le habló.

—Yo llegué primero. No necesito más compañía que las aves —habló Julián. Había escuchado como se removía la arena al momento de dar cada pisada y debido a la ligereza de sus pasos, sospechó que podía tratarse de una mujer.

—Yo... lamento haberte interrumpido —contestó Amelia. ¿A dónde se había ido la valentía que sentía al momento de seguirlo? —Te he visto caminar y pensé que tal vez necesitabas conversar con alguien.

Julián seguía sin voltear la cabeza, mientras escuchaba a la mujer que le estaba hablando. En mala hora se le ocurrió dar un paseo. Cuando quería estar solo siempre aparecía alguien que le arruinaba el momento de soledad.

Pensó en no contestarle a la mujer, pero de pronto se dio cuenta que ella no tenía la culpa de nada. Sería descortés por su parte comenzar a ladrarle como un perro porque se había acercado a ver como estaba. Si quería comenzar a cambiar de actitud, ese era el momento. Necesitaba salir de aquel letargo que llevaba viviendo desde hace tanto tiempo.

—No necesito nada —intentó que su voz sonara ligera, pero estaba claro que el cambio no se produciría de la noche a la mañana.

Por otro lado, Amelia escuchó el tono cortés y tirante con el que hablaba aquel hombre. Pensó que tal vez había sido un error acercársele. Debía dejar de lado sus intuiciones—. Siento haber interrumpido.

Maldiciéndose por su reacción, notó cuando la mujer se giraba para dejarlo solo. «Bien hecho» pensó de forma irónica. Animándose a tomar el toro por las astas le gritó:

—¡Espera! No es necesario que te vayas.

Amelia volvió a mirar aquel hombre. Se acercó lentamente esperando que en cualquier momento se arrepintiera de lo que le había dicho, pero no lo hizo. Por otro lado, Julián continuaba mirando en dirección a la apuesta de sol, sin hacer caso a la presencia de Amelia. Era como si no quisiera perder ni un solo segundo como el sol se ocultaba en el Pacífico.

—Soy Amelia —se presentó cautelosamente esperando la respuesta del sujeto que la intrigaba tanto.

—Julián.

Estuvieron un par de minutos en silencio mientras ambos veían hacia el horizonte. Amelia no sabía que decirle, por lo que optó por mantener la boca cerrada. En cambio, Julián tenía una gran lucha interna. No sabía cómo volver a ser una persona normal que fuera capaz de mantener una conversación banal. Si bien antes no se caracterizaba por ser hablador, era capaz de charlar con alguien sin que tuvieran que sacarles las palabras a tirones.

Sintiéndose un idiota, se alejó de Amelia mientras murmuraba un adiós.

Amelia observó cómo Julián se alejaba de ella sin esperar su despedida. Algo en su interior, le estaba oprimiendo el pecho al ser consciente de la distancia que había entre ambos con cada paso que daba Julián. Era una tontería porque aquel tipo ni siquiera la había mirado una sola vez. Molesta, decidió quedarse hasta que el sol se ocultó por completo. A medida que disminuía la temperatura, decidió marcharse.

Solo pasaron dos días de aquel encuentro para que Julián volviera al mismo lugar que la vez anterior. No estaba orgulloso de lo había hecho con Amelia y no tenía excusas, solo esperaba que, si algún día se la encontraba, fuera capaz de disculparse por ser tan frío y descortés.

Amelia se consideraba una tonta. Había acudido a la playa todos los días después del encuentro con Julián esperando encontrarse con él. ¿Por qué? No tenía ni la menor idea. En más de una ocasión se recalcaba que era una idiota por ir allí donde solo cruzó un par de palabras con un hombre; y más encima era uno frío y mal educado. Sin embargo, no podía evitarlo. Por esa razón cuando lo vio acercarse al roquedal decidió ir junto a él. Esta vez le iba decir que lo pensaba.

Solo le bastó acercarse lo suficiente para darse cuenta del estado de ánimo de Julián. Al igual que la vez anterior llevaba ropa similar y con los mismos lentes de sol, asimismo aún tenía esa expresión taciturna en su rostro; y aunque por dentro lo único que quería era saber la razón de su

estado, intentó pasarlo por alto. No había esperado encontrárselo de nuevo para consolarlo, sino todo lo contrario.

—Veo que otra vez decidiste venir a este lugar. Espero que mi presencia no te moleste, pero yo llegué primero.

Julián hizo una mueca con su boca que intentó parecer una sonrisa. No le desagradó encontrarse otra vez con Amelia. De hecho, estaba rogando por dentro volver a escuchar su voz. Simplemente se encogió de hombros mientras ocupaba el mismo lugar que la vez anterior para ver la apuesta de sol.

Estuvieron un par de minutos en silencio hasta que Julián se atrevió a hablar.

—Quiero... quiero pedirte disculpas por lo de la otra vez. No fue mi intención parecer grosero.

Amelia quedó un poco aturdida por la disculpa que acababa de recibir. No esperaba que él tomara esa actitud, no sin que ella hubiera dicho primero lo que pensaba de él. De todas formas, se dio cuenta que su voz sonaba un poco menos tirante. Al parecer estaba haciendo un gran esfuerzo por ser cordial, aunque eso no significaba que ella le hiciera las cosas fáciles.

—¿Qué te hice?

—Nada. Solo que ese día no me sentía preparado para hablar con alguien.

—¿Y ahora sí?

—No lo sé —Julián bajó la cabeza como si estuviera realmente avergonzado de lo que había ocurrido.

Amelia suspiró mientras intentaba comprender la actitud de aquel hombre, lo cual no era sencillo, pero a pesar de todo, su disculpa sonaba sincera. Apiadándose de Julián decidió tomar la bandera blanca que le estaba ofreciendo.

—¿Vives cerca de este lugar?

—Sí, llegué hace dos años. Mi casa no está lejos de aquí.

—No me digas que es esa magnífica cabaña que se ve al final de la playa. La de color rojo.

Julián sonrió ante la descripción de su casa. Había vivido por dos años y en vez de considerarlo su hogar se había transformado en una cárcel

que poco a poco lo estaba envolviendo.

—Eso creo.

—¿Eso crees? No me digas que no aprecias lo maravilloso de esa casa. Puedes ver todos los días como el sol nace y se opone en el horizonte. Puedes escuchar como las gaviotas vuelan sobre tu casa para ir a buscar su comida. O como las olas rompen cerca de los acantilados. Estas en el paraíso —Amanda estaba extasiada imaginándose todo lo que es estaba describiendo a Julián como si ella viviera en esa casa desde siempre.

Julián solo escuchó hasta la segunda oración que dijo Amelia. El resto de sus palabras se perdieron en su mente, solo podía escuchar «puedes ver». Tal vez ese era el problema, que ya no podía ver.

Desde aquel mandito accidente de hace dos años había quedado muerto en vida. Vivir en la oscuridad se estaba convirtiendo en su infierno y no había manera de cómo salir de allí. Alejarse de todos había sido la reacción que todo el mundo esperaba de acuerdo con su médico. Lo lógico es que quisiera estar a solas y poder lamerse las heridas. Aprender a vivir con su nueva condición sin necesitar al resto para ayudarlo. Con las palabras de Amelia, todo lo que se había logrado lo retrocedió al escuchar lo que claramente no podía hacer.

Amelia se dio cuenta en seguida del cambio sutil en la expresión de Julián. Es como si hubiera dicho algo que le provocó algún malestar o algo parecido. Era una lástima que llevara esos lentes oscuros, no podía ni siquiera interpretar su mirada.

—¿Dije algo malo? —preguntó.

—No.

La respuesta seca de Julián le indicó que no era lo que sentía.

—Oye... si hay algo que dije que te molestó prefiero que me lo digas.

En ese momento, una lágrima solitaria salió por debajo del lente oscuro de Julián que comenzó a recorrer su mejilla. Sin pensar en lo que hacía, Amelia tomó el valor y le sacó los lentes de sol. Julián mantenía sus ojos cerrados. No pasaron muchos segundos para que los abriera por completo.

Cuando lo hizo, Amelia pudo ver que poseía una mirada oscura, como los lentes que llevaba puesto, pero lucían totalmente perdidos en la nada. En ese instante, cayó en cuenta de lo que ocurría. Era ciego y no veía

absolutamente nada.

Comprendiendo su situación, Amelia tomó ambas manos de Julián y las posó en su rostro. Dejó que lentamente trazaran su camino. Por otro lado, Julián se estaba valiendo de su tacto para poder reconocer el rostro de Amelia.

Durante veintiocho años, conoció al mundo a través de sus ojos. Ahora solo le quedaba sus manos para poder hacerlo. Mientras hacía ese reconcomiendo, Amelia comenzó a realizar el suyo, pero con sus propias manos. Ambos se estaban conociendo a través de sus sentidos con el mar de testigo.

—Deja que mis ojos pueden llevarnos a otra realidad... —susurró Amelia, mientras una lágrima mojaba uno de los dedos de Julián.

—Cariño ¿Estas bien? —Julián despertó de sus recuerdos mientras escuchaba la voz de su esposa acercándose por detrás.

—Sí. Solo estaba recordando el día en el que te conocí —Amelia soltó una carcajada ante el fugaz recuerdo que vino a su memoria, mientras los rodeaba con sus brazos apoyando su mejilla en su espalda.

—No fuiste un hombre muy educado... pero eso no me importó.

—No sabes lo agradecido que estoy de que no te hayas dado por vencida conmigo. Gracias a ti volví a ver la vida en colores. Figurativamente hablando —tomó las manos de su esposa para darle la vuelta y dejarla frente a él.

—Cariño, tú ya veías. Simplemente no te dabas cuenta —respondió Amelia tomando el rostro de Julián en entre sus manos.

—Jamás olvidaré lo que me dijiste la segunda vez que estuvimos en ese lugar. Durante estos treinta años de matrimonio no me has dejado caer ni un solo segundo; y cada día que pasa me has llevado a esa realidad que tanto querías.

—Simplemente necesitabas de un empujoncito —Amelia besó a Julián con la misma intensidad que lo hizo la primera vez—. Ahora, necesito que termines de arreglarte. Mira que no quiero llegar tarde al bautizo de nuestro nieto.

—Sí, señora.

FIN